

EL AMOR DE DIOS ES FUNDAMENTO DE LAS RELACIONES INTRAFAMILIARES*

The Love of God is the Foundation of Intrafamilial Relationships

Wilson Artunduaga Yunda**

Resumen

El presente artículo investiga la comunidad familiar en cuanto es una unidad comunitaria de “vida y amor” que recibe la misión “de custodiar, revelar y comunicar el amor como reflejo vivo de participación real del amor de Dios por la humanidad y el amor de Cristo Señor por la Iglesia, su esposa” (Juan Pablo II, 1981, p. 3). Es una comunidad que busca vivir según el Evangelio, que vibra con la Iglesia, ora unida y ama.

* Este artículo titulado “El amor de Dios es fundamento de las relaciones intrafamiliares” es del autor Wilson Artunduaga Yunda y deriva de la tesis titulada “RELACIONES INTRAFAMILIARES A LA LUZ DE EFESIOS 5, 21-6, 4 UN ACERCAMIENTO CONTEXTUAL Y LITERARIO”, tesis de grado para el título de Magíster en Teología presentada a la facultad de Teología de la Universidad de San Buenaventura, Bogotá. 2017.

** Magíster en Teología de la Biblia en la Universidad de San Buenaventura, Facultad de Teología; graduado con la tesis titulada: “RELACIONES INTRAFAMILIARES A LA LUZ DE EFESIOS 5, 21-6,4 UN ACERCAMIENTO CONTEXTUAL Y LITERARIO”; de esta tesis surge el artículo titulado: “El amor de Dios es fundamento de las relaciones intrafamiliares” presentado a Revista *Caritas Veritatis* el año 2022. Se dedica a predicaciones y catequesis teológicas.

Cómo citar este artículo: Artunduaga, W. (2022). El amor de Dios es fundamento de las relaciones intrafamiliares: primeras aproximaciones. Revista *Caritas Veritatis*, 7, 253-299.

Recibido: 26-07-2022 // Aprobado 28-08-2022

Para vivir el amor hace falta fundarlo todo en la experiencia de Cristo, en la vida de la Iglesia, en la fe y la esperanza que nos sostiene como hermanos.

Ahora bien, en la Sagrada Escritura por lo general, al hablar de los valores familiares nos contentamos con los puramente naturales, parece como si en este aspecto bíblico y, sobre todo, Jesús de Nazaret no tuvieran nada nuevo que añadir a las situaciones difíciles que destruyen la unidad y continuidad del vínculo matrimonial, es posible que la fe haya llegado poco a la familia en cuanto tal, sin descartar también que dentro de la familia tradicional, se haya tergiversado el sentido de valores cristianos a realidades que quizás no son cristianas, aun a riesgo de “recargar un poco las tintas”, resultará útil comenzar fijando la mirada en ciertos aspectos negativos que servirán como telón de fondo para hacer resaltar más nítidamente el mensaje bíblico.

Palabras clave: Biblia, Cristo, familia, Código familiar.

Abstract

This article investigates the family community as a communal unit of “life and love” that receives the mission “to guard, reveal, and communicate love as a living reflection of the real participation of God’s love for humanity and Christ the Lord’s love for the Church, his bride” (John Paul II, 1981, p. 3). It is a community that seeks to live according to the Gospel, vibrates with the Church, prays united, and loves. To live love, it is necessary to base everything on the experience of Christ, in the life of the Church, in the faith, and hope that sustain us as brothers.

In the Sacred Scripture, generally speaking, when discussing family values, we content ourselves with purely natural ones. It seems as if in this biblical aspect, and especially Jesus of Nazareth, had nothing new to add to the difficult situations that destroy the unity and continuity of the marital bond. It is possible that faith has scarcely reached the family as such, without also ruling out that within the traditional family, the sense of Christian values has been distorted into realities that may not be Christian. At the risk of “overemphasizing”, it will be useful to start by focusing on certain negative aspects that will serve as a backdrop to highlight the biblical message more clearly.

Keywords: Bible, Christ, family, Family Code.

Las relaciones intrafamiliares

Día a día se van construyendo las relaciones de los papás con sus hijos en las cotidianas actividades del quehacer diario, pero todo se vuelve tan común y cotidiano que muchas veces se pierde la importancia debida; es por ello por lo que cada momento es una oportunidad para fortalecer esos bellos espacios. En cuanto a los niños pequeños, éstos son muy comunicativos, pero a medida que van creciendo ya no los son, y es a partir de allí que se van creando ciertos abismos y dificultad en la confianza hacia sus padres. Lo anterior genera una barrera de silencio que aísla el saber; es así como los papás tienen que adivinar o, en su defecto, preguntar a otras personas, como a los profesores u otros familiares, sobre que le está sucediendo con sus propios hijos.

Por otra parte, no es lo más coherente cuando los padres refieren que “*quiero ser el mejor amigo de mis hijos*”, pues

estos últimos saben que el rol de padre es más importante que el de simplemente amigo; por ello este propósito no se da como los padres quieren y se puede generar el evitar un diálogo genuino. En este sentido, resulta importante destacar que los hijos necesitan de la orientación y el aprendizaje, además del seguimiento y acompañamiento de sus padres para ayudarles a orientar sus propias emociones, así sabrán que en la vida no todo se logra, pues muchas actividades son fracasos, ahí los padres deben saber manejar con ellos esos impulsos y enseñarles que no todo en la vida será un logro a mi favor; hay que prepararlos para saber ganar y perder responsablemente, es la realidad de la vida, esto evitaría deshonestidad y/ o corrupción política en la sociedad.

El Concilio Vaticano II menciona quiénes son los entes responsables en la sociedad instituida en organización social en el mundo actual, la que debe cuidar, proteger y promocionar a la institución, y comunidad organizacional familiar; a partir de lo anterior, se recoge una cita amplia puesto que abarca una extensa temática de lo que es y debe ser la familia en el mundo cristiano y social.

Entre los sujetos que han de influir en el progreso de la familia: el poder civil, han de considerar obligación suya sagrada reconocer la verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia, protegerla y ayudarla; los cristianos promuevan con diligencia los bienes del matrimonio y de la familia, así con el testimonio de la propia vida como con la acción concorde con los hombres de buena voluntad; los científicos, principalmente los biólogos, los médicos, los sociólogos y los psicólogos, contribuir mucho al bien del matrimonio y de la familia y a la paz de las conciencias; los sacerdotes; las asociaciones familiares; los propios cónyuges

hechos a imagen de Dios vivo y constituidos en el verdadero orden de personas, vivan unidos, con el mismo cariño, modo de pensar idéntico y mutua santidad, siguiendo a Cristo, principio de vida, por medio de su fiel amor, sean testigos de aquel misterio de amor que el Señor, con su muerte y resurrección, reveló al mundo. (Concilio Vaticano II, 2014, p. 395)

Los teólogos disciernen la exigencia propia de la unidad de la familia en todos sus miembros para conservarla, pues afirman la importancia de mantener una buena y constante comunicación para desarrollar un ambiente normal entre las personas que conforman el núcleo familiar; en ese sentido, el motor que lo mueve todo es el amor conyugal que los une en permanente armonía, todos participan de sus deberes, derechos, obligaciones y compromisos sin perder la individualidad, esto es una razón noble, siempre estar en comunión y participar de lo cotidiano, situando la ley del amor como principio y fuerza de comunión, si falta el amor como dice el apóstol, no se llega bien, no se puede vivir y crecer en la libre expresión de la personalidad y las relaciones se bloquean en el espíritu de la comunidad familiar.

Es por lo anterior que se resalta que su corresponsabilidad es hacer que el amor constituya la praxis en la realización y desarrollo de la, y de las personas como individuos y miembros de la comunidad familiar; estar en comunión es la forma más noble de acogida y respeto entre sí, por ello, la medida del criterio moral auténtico de las relaciones intrafamiliares es el respeto entre todos, buscar la cordialidad y el diálogo, dispuestos al servicio, a la comprensión y la tolerancia, además del perdón en bien de la paz que a todos une, además de la armonía que los debe identificar.

La mayor y única cualidad del sentimiento que mueve al hombre en el universo es amar y ser amado, todo se mueve en torno al amor, lo controla y lo conecta con sus semejantes, une todos los elementos de la naturaleza ya sea cósmica, animal o humana, es una cualidad que actúa mediante el donarse a lo otro y al otro intangible como Dios; cualidad propia que lleva el nombre de “amor” mediante la acción total de entregarse, de donarse a lo otro desconocido, como única cualidad positiva que lo conecta todo en el ser humano, hacia el interior de la persona y hacia su entorno; es una cualidad que lo unifica todo, luego el amor es donación y entrega, pues hasta la naturaleza acepta la ley natural del amor, el hombre por ser hecho en libertad es el que la desafía y muchas veces contradice la ley del amor universal, siendo víctima de su propia destrucción.

Ahora bien, el ser humano actúa movido por sus propias acciones, interacciones, sensaciones, pensamientos desde el “yo” que decide, actuando en muchas oportunidades con actitud completamente egoísta, sin tomar en cuenta a los otros para interactuar y encontrar mejores niveles en sus acciones, sin valorar que en el mundo dependemos unos de otros, pues solo interactuando se puede encontrar elementos necesarios que sirvan para el bien común, de ahí la importancia de saber la riqueza que tenemos todos los seres humanos como: los pensamientos, los deseos y las acciones, que si se orientan mal puede hacer mucho daño en todos los niveles donde se mueve, desconociendo que el daño se devuelve hacia el mismo que lo profirió con sus propios elementos, sea en palabras, actos o en obras concretas.

La ley del amor es absoluta y universal, esto tomando en cuenta que somos iguales en deberes, derechos, acciones,

en lo instintivo, y natural; es así que la naturaleza gira en torno a la ley natural que no admite reversa, allí se insertan problemas por el actuar del hombre contradictoriamente desde el criterio natural, de ahí la importancia de buscar aquel principio del evangelio donde todos tenían una sola alma y un solo corazón hacia ellos y hacia Dios con los mismos pensamientos que los identificaban así participaban en la cotidianidad, se unían, se integraban en las actividades buscando el bien común, atrayendo a otros hacia los mismos criterios naturales, buscando lo correcto e integral, dejándose guiar por el absoluto en un solo horizonte de actitud con todo el resto de sus semejantes.

Conocer el amor permite comprender su opuesto, el odio, el cual está presente en la realidad humana, en donde el egoísmo puede llegar a ser absoluto en muchos de los casos y es cuando se cae en el nivel más bajo de utilizar al otro en todas sus dimensiones de poder, de economía y en la dimensión sexual, en la familia, en la sociedad, (dominación) aunque todo con el tiempo sea pura ilusión y el hombre no reciba ningún beneficio, es la llamada de la ley del amor; tomar conciencia, actuar perversamente y hacer cálculos egoístas, el hombre solo aumenta e intensifica su propia crisis, por lo que caen las interrelaciones humanas.

Antiguamente habían códigos o convencionalismos que unían entre así a los hombres, pero hoy somos testigos de la caída de las relaciones humanas mostrándolas en su total desnudez, la ventaja de todo esto es que el hombre puede descubrir su verdadero rostro, mirarse introspectivamente y afrontar el problema hasta encontrar posibles soluciones, así como un camino para llegar al amor, identidad genuina y real naturaleza del ser humano,

como actitud hacia algo que me proporciona armonía y placer, así sea lo más sencillo, un buen café, lo tomo porque me gusta y me hace sentir bien y cuando me une a otros, más lo disfruto.

Se debe llevar al ámbito afectivo, como cuando se dice, “amo a esta mujer” me agrada su presencia, ella me provee espacios que deleitan mi vida, amo el placer que me produce y desde luego la amo a ella, me regocijo, eso es como amarse uno mismo; luego el amor no vive de los otros, pero permiten que se dé, cuando sale hacia el otro, especialmente al ser amado, de ahí la expresión bíblica “Ama a tu prójimo” indica que es ayudar a que los deseos del otro se cumplan, va hacia la otra persona, más aun en el servir al otro; luego la mejor expresión del amor es el servicio totalmente desinteresado en ayudar a los demás, empezando por los más cercanos, por ese alter ego, me acerco “a mi prójimo” el valor de ayudar y servir.

Esta es la expresión más coherente que va del “yo” al “tú” en cuanto se dá plenamente al otro, buscando su bien, su alegría y sus afectos leales e incondicionales; es lo que se llama “amor”. “Así nos lo enseñó Epafras, nuestro querido hermano, consiervo fiel ministro de Cristo en lugar nuestro, nos informó también de vuestro amor en el Espíritu” (Col 1,7-8)

Amor de Cristo por la Iglesia es el sentido del amor conyugal

El amor cristiano visto desde la ley de Dios, en las Sagradas Escrituras especialmente en la carta a los Efesios, el texto 5,25 exige a los esposos, (Οἱ ἄνδρες, ἀγαπᾶτε τὰς γυναῖκας ἑαυτῶν) “Amad a vuestras mujeres”, mandato muy exigente por la coherencia que esto implica sobre el sentido

necesario de amar a la esposa, en este caso, en sentido afectivo espiritual; Mandato del Señor, (καθὼς καὶ ὁ χριστὸς ἠγάπησεν τὴν ἐκκλησίαν, καὶ ἑαυτὸν παρέδωκεν ὑπὲρ αὐτῆς). El amor es compartir el conocimiento, los dones, la vida misma y es enseñar; como el caso de la carta a Tito, 2,3-4, aconseja a las ancianas: “Enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos” lo que está implicando que el amor se aprende, aunque sea un sentimiento muy personal, pero debe extenderse hacia el otro, como un mandamiento, ponerlo en práctica a través de la vivencia de los actos humanos, de la práctica de la fe con los valores cristianos.

En la corresponsabilidad de los esposos de amarse mutuamente, esto hace de la pareja que anden y celebren juntos los momentos más armónicos, celebrativos y religiosos donde la fe sea central con hondura y frondosidad; del alma de la pareja surjan brotes de enamoramientos, de pasión, de emociones y hagan más agradable cada momento o actividad de su vida, en unidad de corazones y de mentes, esforzándose no que me entiendan sino, ante todo y entender al otro.

El lugar predilecto para comprender y entender el Amor de Cristo, según san Pablo lo describió en 1Cor 13,4-8, dice: “El amor es paciente, bondadoso, no tiene envía, no se jacta, no busca su interés, no es arrogante ni hace el mal, ni se irrita, sino que alegra con la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo soporta”, es bello pasaje que inspira al creyente, ante todo porque es un poema preciso y su belleza es única, pues el mérito está en la práctica; eso de colocarse en la realidad de asumirlo es una hazaña de valientes, pues fácil no es cumplir y practicar todo lo que expresa el texto, tampoco es un mandato, sino la esencia de lo que debe ser al amor en sentido humano,

cualquier vocablo que uno tome está lleno de bondad, de entrega y compromiso, de valor extraordinario en el Espíritu de Dios, como dice el texto, el amor es sufrido y es benigno, no hace nada indebido, esta es la riqueza del amor cristiano guiado por la enseñanza de Jesús y practicado en la Iglesia.

El texto tiene una profundidad extraordinaria en la siguiente frase: “El amor nunca deja de ser”, porque le da vida a su propia naturaleza, el amor es comprensivo, no se ofende con facilidad, es cortés, muestra una actitud positiva ante los problemas; todas sus características van enfocadas hacia el bien de la persona amada, puesto que el amor es paciente, benévolo, no exige hacer las cosas a su manera; aquí hay que ver algo claro en el texto de 1Cor 13, no se queda en las emociones o los sentimentalismos, sino que va a lo esencial a los actos.

Se resaltan las actitudes a la acción concreta desde la voluntad y el compromiso de entrar en esta dinámica; puesto que a amar y querer se aprende, se vive y se comparte. Lo logra quien es consciente de esta realidad imprescindible, como lo dice Efesios 5,25, “Maridos amen a vuestras mujeres, como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella”; por su parte, Romanos 5,8 expresa que Dios mostró su amor hacia nosotros, a pesar del mal comportamiento que tuvimos hacia el Señor y su obra.

Cuando el esposo recibe el mandato de amar a su esposa independientemente de cómo sea ella, o si ella cambia después de la convivencia, el mandato bíblico es el mismo, responder con benevolencia, paciencia, comprensión y cortesía para que ella también haga lo mismo, siempre apagando el fuego de la violencia y la

agresividad; haciendo posible que el amor se fortalezca en la relación satisfactoria de los dos, o al menos en uno de los dos, por lo que tendrá que ser el gestor de búsqueda del amor como su mejor arma para neutralizar los momentos difíciles.

Sumado a lo anterior, se hace necesario recordar las palabras de Jesús cuando dice: “*sin mí no pueden hacer nada*”, esto implica que superar dificultades, se alcanza con la fuerza del Espíritu Santo en aquellos momentos de oración, la capacidad de respuesta con amor, nos viene de Dios cuando asumimos los errores, admitir que se ha fallado, que soy amargado y violento, que necesito el perdón y quiero perdonar, y se puede ser misericordioso en todos los momentos, aunque parezcan difíciles e imposibles.

Un acto negativo o violento de la persona más querida y cercana, como la esposa o del marido, me induce a tener actos negativos de gestos o palabras en contra de ella o, según el caso, de él, pues, cuando son espontáneos llegan a ser ajenos a la voluntad, el resultado son momentos difíciles de amargura en ambos con palabras más cortantes o comportamientos silencios e hirientes sin dar más explicaciones, tratando que la otra persona interprete mi inconformidad según los comportamientos que se produzcan, obrando desde el silencio, con la intención de castigar al otro. Si no me dejo llevar por sentimientos agresivos puedo convertirme en un agente de amor, de paz y reconciliación; mostrando el lado positivo noble y misericordioso, esto es, aceptando mi voluntad en Dios para expresar amor y hacer que las cosas negativas y conflictivas cambien hacia la unidad sincera.

En el caso de que una de las partes insista en no entender ni aceptar nada del error hacia el cambio, los

sentimientos afectados de la otra persona se resisten y terminan en ruptura, de pronto se dan cuenta, cuando se separan de cuerpos y la distancia les hace ver el vacío; entonces se añora el valor del otro y por la reflexión del por qué se dio todo esto, es cuando se descubre que el mal no estaba tanto y tan marcado en los demás, sino en mí; ahí se empiezan a asumir responsabilidades y surgen nuevos compromisos de reconciliación por los efectos de la meditación cuando han expresado con honestidad y firme intención de cambiar o, por lo menos, de asumir los errores, sin hipocresía cuando se dice algo que no lo siente, evitando la doble intencionalidad; se espera un efecto positivo en el cónyuge más afectado pero con interés noble de mejorar las relaciones.

Los gestos, la buena atención al otro, la amabilidad, el dedicarle tiempo a escuchar con interés, y el trabajo doméstico con sentido de servicio, neutralizan muchas situaciones negativas, a pesar de que haya momentos difíciles o dados al conflicto permanente, pero con los actos de expresar amor y comprensión hay muchas más probabilidades de recibir amor de su pareja, pues, lo negativo se alivia o se facilita la comprensión y con mayor frecuencia se ignora más fácilmente lo negativo; puesto que la amabilidad es una buena herramienta para expresar y recibir amor de parte del otro; el mérito está en mirar hacia el fondo lo aprendido, en esta introspección interior. El mensaje de Pablo a los Corintios sobre el amor del capítulo 13, es lo más grande que existe, y está al alcance de todos, pues todos prefieren amar aunque tengan una personalidad apática y difícil para con los demás.

En el fondo de cada uno hay sentimiento de construir y edificar la felicidad en su vida y compartirla con los otros. Es que el amor edifica, transforma y construye en lo más

difícil, de ahí que se forme la familia, pareja, partiendo de lo pequeño hacia lo grande, de pequeños detalles surgen las grandes construcciones, del día a día al estilo de la hormiguita siempre trabajando llega a grandes obras, sin ruidos ni espavientos, sino desde el silencio, la constancia y los agradecimientos en los pequeños detalles, esos actos poco visibles son los que enamoran y hacen a la persona ser amada, respetada, solo queda, como dice aquel adagio popular: “obras son amores y no buenas razones”, es lógico, la mucha palabrería oscurece la verdad de los sentimientos actuados, los hechos hablan por sí solos y las palabras vacías se las lleva el viento dejando el sin sabor nostálgico del engaño.

La cotidianidad de la vida nos muestra miles de ejemplos positivos o negativos donde para cada uno hay un formato de cómo actuar; no todo le sirve a todos, puesto que nadie vive por otros, sino que cada uno o cada pareja es única e irrepetible; algo es verídico, los detalles son los que enamoran, el ser atentos con la persona que supuestamente amamos, evitar la crítica destructiva y apoyar aunque no esté convencido; las palabras se tergiversan, el silencio preocupa con el apoyo dan espacio a la meditación, la reflexión propositiva, ahí es donde se empieza el cambio para aceptar o recibir ayuda de la otra persona; los detalles, la actitud noble de dar las gracias, de agradecer o de decir, te quedó todo muy bonito, la comida muy buena, aunque esté algo fea e insípida y poco condimentada, etc.

Por su parte, la persona agraciada se siente mucho más feliz y facilita la participación en las cosas buenas y se hace con benevolencia, en este caso del hogar cuando recibe un cumplido como recompensa, puesto que el amor es benévolo y pacífico, cualquier momento subido

de tono, lo abaja y lo pone a nivel de comprensión y armonía para las partes. Siguiendo la reflexión de Agustín de Hipona, cuando se refiere a la corrección fraterna: cuando enseñe, corrija o eduque, hágalo con amor, aun si tiene que castigar a su hijo, castíguelo con amor, buscando la enmienda y la corrección.

Al tratarse entre adultos en el lenguaje hablado o gesticular no caben las órdenes sino la amabilidad e involucrando la vida de los dos, ¿podríamos hacerlo de la siguiente manera?, ¿cómo se podría terminar todo esto hoy? etc. Como ninguno está a la defensiva, ni al ataque ni mucho menos a la condena del otro, sin sacar a relucir historias pasadas, solo se está buscando conciliación y armonía a nivel de pareja; si en ellos se logra estos alcances, también a futuro lo podrán transmitir amor a su prole en el hogar. Se habla con amor, se trata de olvidar momentos negativos del pasado, no jugar a que el otro adivine mi malestar, no se revive nada desagradable, se habla en presente, proyectado al futuro.

Vista la realidad desde este ámbito, se puede afirmar que el amor es paciente y conciliador hay que dedicarle tiempo, saber esperar el tiempo necesario y evitar la angustia existencial aun para proteger su propia salud, si espera y no tiene en cuenta estos valores, pues también desespera y tensiona al otro. De ahí que la carta a los Corintios diga que el amor es benévolo, característica específica del amor, donde se expresan en halagos, decir las verdades, con piropos jocosos, como cuando se dice, “tú eres la persona más noble del mundo, eres especial porque me has entendido en los momentos más difíciles de nuestra convivencia”...

Se destaca que un mensaje escrito a la persona con nombre propio implica una buena razón para mantener

activo el interés por su ser querido, puede ser un acto de benevolencia y buena comunicación y expresar su amor por la persona amada, como ya es claro, el amor se va haciendo diariamente en el quehacer diario, en esa actitud de cortesía y buena educación; el preparar un escrito sencillo pero con delicadeza y pulcritud muestra el interés y el respeto hacia su destinatario, es una forma de ser en la vida, ya es bien conocido el fragmento que dice “el hogar de un hombre es su castillo”; un saludo amable diariamente, enamora, una tarjeta de cumpleaños.

Es un error pasar por alto pequeñas sutilezas, escuchar con atención e interés por lo que digan como los buenos días, aquellos momentos de cortesía, educación, avisar cuando no puede estar en aquella reunión u otro acto común de hogar, de delicadeza o de comprensión ante quien está ahí en su vida. Luego por estos gestos nobles se pasa a un nivel de amor que no es egoísta y vela por el interés de la persona amada, pues estar atento a la ayuda, a mejorar, y responder de igual forma al que me ama, eso es natural y noble, no necesita de Dios para obrar así.

El mérito del amor según el Evangelio está en las dificultades, de ahí las palabras de Jesús, en Mateo 5,44 cuando llama a amar a los enemigos y orar por ellos, entonces se podría uno preguntar, ¿En este nivel su cónyuge en qué grado de amistad o enemistad está?, esta es una realidad social de las parejas según los estudios de sociología y encuestas sobre el conflicto de los hogares que terminan en divorcios y demandas en los juzgados de familia. ¿Quiere usted conservar la unidad de pareja?, exprese amor en palabras y acciones, si pasa el tiempo y hay respuesta positiva y su cónyuge responde de manera recíproca al amor, logra la meta propuesta, y puede mirar en alto al horizonte con esperanza.

En el matrimonio descubrirá cosas en su cónyuge que no le gustarán. Puede ser la emisora de rock clásico que sintoniza en el radio del automóvil... la manera en que tiende a interrumpir... la molesta manía que tiene él de olvidar los nombres de las personas... cómo deja ella los zapatos en el medio para que usted tropiece. El primer paso es pedirle que cambie”. (Botero, 2005, p. 78)

O la posibilidad de decidir cuando algo es justo o injusto, ejercer los derechos y exigir los deberes, en algunos hay libertad, en otros no; cooperar en la disminución de las desigualdades y contribuir en la toma de decisiones informadas, es una forma sencilla de hacer feliz a su cónyuge). “No obstante, le aseguro que hay cosas que su pareja no va a cambiar o que no puede cambiar. Este es el punto en que “el amor acepta muchas imperfecciones. Queda en usted decidir hasta qué punto aceptará (Barg, 2009, p. 63).

El amor de los esposos es imagen del amor de Dios

Las relaciones afectivo-amorosas de la pareja en la mayoría de los casos de la sociedad actual solo buscan la complementariedad de los géneros, son la razón por encontrar, un ejemplo claro es la actitud frente a la fidelidad conyugal: el hombre posmoderno no se preocupa por ser fiel a la palabra dada en el pasado; tampoco le interesa proponerse la fidelidad como proyecto de vida a futuro, porque no comparte los compromisos definitivos.

El hombre posmoderno solo sabe conjugar el verbo “ser fiel” en presente, “aquí y ahora”, interesado solo en vivir el momento y esto condicionado por el propio interés,

por salir del paso, como si todo fuera desechable, solo por la propia conveniencia, olvidando las reglas y compromisos familiares adquiridos con anterioridad, como lo es el compromiso serio de cara a la otra persona con quien se comprometió con una actitud de entrega total y permanente. La autoridad en la familia funcional se identifica por el amor; entiéndase como cohesión de la construcción social y estructura familiar humana y cristiana que los delimita éticamente.

La familia es una institución primaria, perenne; está sometida a variación continua, debido al influjo que sobre ella ejercen las transformaciones sociales para conseguir su finalidad humanizadora. La familia precisa realizar permanentemente “ajustamiento” de su estructura y de sus funciones en relación con las variaciones “sociohistóricas”. ¿No será un signo de esta supervivencia de la familia el hecho de que muchas instituciones quieran ampararse bajo el techo del término “familia”?, se habla de la “familia de las naciones”, de la “familia educativa”, de la “familia religiosa”, de la “familia sindical” y de los diversos tipos de pareja que hoy conocemos, que también quieren llamarse “familia”. Esto es lo que detectaba en el “proyecto de derechos de la familia”, elaborado en Viena en vista de la Conferencia Mundial del Cairo (1994). (Botero, J., 2005, p. 45)

El sustrato histórico de la pareja es sin duda la familia, para la Iglesia, según acuñó el término Pablo VI, la familia doméstica es la célula de la sociedad en equitativos derechos y deberes; no obstante, se fragmenta como dice, Toffler y comenta el hecho de la fragmentariedad de la familia diciendo que estamos saliendo de la era de la familia nuclear para entrar a una nueva sociedad caracterizada por la diversidad de formas de la vida familiar.

A este propósito se recoge la opinión del sociólogo Jessie Bernard, quien afirma que “el aspecto más característico del matrimonio en el futuro será precisamente la diversidad de opciones abiertas a personas diferentes que desean cosas diferentes de sus relaciones y prácticas sexuales” (Bernard, 1973, p. 33). A lo largo de miles de años las familias se fueron configurando de manera sofisticada y respondiendo a nuevas necesidades cada vez más estrictas.

Proteger el núcleo familiar, para mantener la unidad en la comunidad mediante la unidad de derechos, deberes y compromisos se hacía dentro del núcleo familiar. Cada familia ha estado muy vinculada a su siglo y ha recibido del mismo su sello y sus características; ha tenido un adherente muy especial y es la unidad religiosa que caracterizó a la modernidad, ahora se ha roto, abriendo así la puerta al pluralismo que estamos observando.

Pareciera que hay un cierto mercado de los dioses o una religiosidad a la carta; el pluralismo de formas de concebir la vida y la sociedad ha abierto la puerta al relativismo de los valores humanos; la posmodernidad valora exageradamente la “edad joven” dejando de lado al adulto y al anciano; valora el paso de compromisos “definitivos a compromisos blandos”, sin continuidad ni esfuerzo ni fidelidad a largo plazo, sin una proyección a sabiendas que es para toda la vida, en medio siglo atrás vemos que la familia cumplía el fin fundamental de su función reproductora, criaba los hijos con fuerte interés, centrada en esta función, puesto que así era y no se discutía por la responsabilidad de conciencia.

Es una época de conceptos que hoy en día son básicos en la pareja, como es la comunicación verbal, hablar en

pareja y en familia reunida para conversar es poco cotidiano, pues en la medida que la familia se ha ido dotando de un mayor conocimiento, su estructura y su dinámica se ha hecho más selectas, el lenguaje en la intervención y reglas familiares busca una explicación de la organización y universalidad de la familia, por lo que hay que buscarla no tanto en una exigencia de tipo biológico, sino en la misma naturaleza de la sociedad; con la capacidad que esta tiene para adoptar medidas de cara a su propio ajuste adaptativo y a su supervivencia, escribe Fernández del Riesgo (2010), para criticar que no se habla de los mismo, sino, que cada uno de lo que le interesa, o se comunica mejor por el celular con los lejanos.

Con frecuencia y gran facilidad se busca el individualismo hedonista, el cual es la segunda causa que ha provocado el paso de familia “fuerte a familia débil”. A nadie escapa, escribe Secundino Movilla, que corrientes posmodernas quieren poner de relieve la primicia del sujeto. Es la afirmación del “yo” que, por una parte, reivindica el sujeto libre con capacidad de decidir; de otra parte, se repliega hacia posturas narcisistas e independientes buscando en las actitudes del yo personal su egocentrismo, promoviendo actitudes egoístas e individualistas (Movilla, 2005).

Es lógico que una cultura asentada sobre la base del individualismo hedonista y narcisista trae y traerá consecuencias desastrosas para la familia. Un individuo a quien solo interesa su propio bienestar y que cuenta con el otro tanto cuando puede servirles a sus intereses, difícilmente podrá acoplarse a la vida de familia con actitud de altruismo, de solidaridad y cooperación, de entrega generosa. El hombre posmoderno, tan amigo de los “consensos blandos”, no comulga con los compromisos definitivos. El hombre posmoderno es un individuo

que se fija en el presente, en el “aquí” y “ahora”, en lo provisorio, lo demás no cuenta (Botero, 2005).

La Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen Gentium* 48, exalta la santidad por la gracia de Dios, en la vida del matrimonio y de la familia, por la íntima comunión de vida y de amor conyugal; es decir, con un consentimiento personal irrevocable, por lo que se forma una institución estable de orden divino, reconocido por la sociedad. Dios es el autor del matrimonio, al que ha dotado con varios bienes y fines; por su propio carácter natural, la institución misma del matrimonio y el amor conyugal está ordenado a la procreación y educación de los hijos.

“Así, el hombre y la mujer que por la alianza conyugal ya no son dos, sino una sola carne” (Mt 19,6), las personas se casan para, ante todo, ayudarse y servirse mutuamente mediante esta unión experimentan el sentido de su unidad, trabajo de cada día junto con los hijos, quienes exigen la fidelidad plena de los cónyuges y surge la unidad indisoluble del matrimonio- hogar, lugar de acogida y descanso para todos.

El hombre sabe que Dios le ha salido a su encuentro como pueblo, con una alianza de amor y fidelidad, ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia, mediante el sacramento del matrimonio, sale al encuentro de los esposos cristianos, permanece además con ellos para que, como “El mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella, así también los cónyuges en su mutua entrega se amen con perpetua fidelidad”. Por eso, los esposos cristianos son fortalecidos y consagrados para ejercer los deberes con dignidad de su estado en virtud del cual, cumpliendo su deber conyugal y familiar, fortalecidos con el Espíritu de

Cristo, con el que toda su vida está impregnada por la fe, la esperanza, el amor o caridad se entregan al amor de marido y mujer, deben optar con el respeto por la vida humana y cristiana, haciendo de ella sacramento de amor.

Por el carácter moral de la conducta cuando se trata de conciliar el amor conyugal con la transmisión de la vida, no depende de la buena voluntad o facilidad, sino de criterios objetivos en la donación como pareja y en el contexto de amor verdadero; la familia compartirá sus riquezas espirituales con otras familias a partir del buen ejemplo y de la alegría de ser pareja; los esposos, por la dignidad y la misión de la paternidad y la maternidad, cumplirán diligentemente el deber de la educación, sobre todo la educación, que les corresponde primariamente a ellos.

Los hijos, como miembros vivos de la familia, contribuyen a su modo a la santificación de los padres, por tanto, la familia cristiana, al tener su origen en el matrimonio, que es imagen del amor de Cristo a la Iglesia, debe manifestar a todos la presencia viva del salvador en el mundo y la naturaleza de la Iglesia si se trata de la fecundidad, en la unidad y la fidelidad de los esposos, por lo que buscan permanentemente la caridad, fortaleciendo la unidad e integridad de la pareja.

El matrimonio y el amor conyugal están ordenados por su propia naturaleza a la procreación y educación de la prole. Los hijos son, ciertamente, el don más excelente del matrimonio y contribuyen mucho al bien de los mismos padres. El mismo Dios, queriendo comunicarle cierta participación especial en su propia obra creadora, bendijo al varón y a la mujer diciendo: Creced y multiplicaos (Gen 1,28). De ahí que el cultivo verdadero del amor conyugal y todo el sistema de vida familiar que, del

proceder, sin posponer los otros fines del matrimonio, tienden a que los esposos estén dispuestos con fortaleza de animo a cooperar con el amor del Creador y salvador, que por medio de ellos aumenta y enriquece a su propia familia cada día más (Concilio Vaticano II, 2014, p. 46).

De común acuerdo en busca de su propio bien y el de los hijos nacidos o de los que pueden llegar, recabando siempre mejores condiciones de vida, tanto materiales como espirituales y, teniendo en cuenta el bien de la comunidad familiar, y de la Iglesia, en su modo de obrar los esposos cristianos deben asumir que no pueden proceder según el libre albedrío, sino ante todo regirse por la conciencia que le sea compatible a la ley divina, siendo dóciles al Magisterio de la iglesia, obrando a la luz del Evangelio. Los esposos que confían en Dios cultivan un espíritu de sacrificio, dan gloria al creador y tienden a la perfección en Cristo cuando cumplen su tarea de procrear con generosa responsabilidad.

La unidad sacramental, además de procrear, tiene la misión de infundirle carácter a la alianza indisoluble en la pareja y buscar el bien de la prole que también exige amor mutuo de los esposos, que progresen y maduren, en la comunión de la vida y de bienes y conserven la indisolubilidad como esencia misma de su naturaleza de unidad y fidelidad al compromiso que hicieron ante Dios, la sociedad y la comunidad Iglesia.

Al interrumpir la vida íntima conyugal, se puede poner en peligro el bien de la fidelidad y de la prole, se frustra el proyecto de educación de los hijos habidos, y se cae en la tentación de frustrar nuevos nacimientos, pero la Iglesia recuerda que no puede existir contradicción verdadera entre las leyes divinas de transmisión de la vida; el Señor

es quien ha confiado al hombre la misión de cumplir y conservar la vida, por ello, los actos conyugales ordenados hacia la dignidad humana, deben ser ejercidos y respetados con gran reverencia.

Para que conserven íntegro el sentido de donación mutua y la procreación humana en el contexto del amor verdadero, se debe tener presente la sinceridad y la virtud de la fidelidad en relación a la procreación, los hijos de la Iglesia, apoyados en estos principios, deben seguir los mandatos del Magisterio, al explicar la ley divina, partiendo de la realidad humana; el mandato de transmitir la vida no se limita solamente a esta vida sino que va orientado al destino eterno de la humanidad, al encuentro definitivo con su creador.

Del encuentro del Episcopado Latinoamericano, reunidos en Puebla, México (1979), surge el documento de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano, la cual afirma que “el hombre moderno no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, porque busca una fraternidad sin centro ni origen común” (241). La fraternidad universal se aprende en familia. Es sintomático que los sociólogos al tratar sobre la familia hacen mención de los hijos, pero no dedican un apartado a las relaciones fraternas, sino que las dan por hecho, hoy hay que cuestionarlas.

De acuerdo a lo anterior, Botero (2005), argumenta que: “Acerca del modelo de familia, se ha señalado la importancia de la experiencia de fraternidad que cada vez se da con menos frecuencia en las familias. La ausencia de esta vivencia afectará sin duda la solidaridad social, carente de esta infraestructura cultural que es la fraternidad familiar”. (p. 26). Desde esta perspectiva se mira una nueva construcción social llamada, proceso de

“pos-modernización”, pues aplicado a la familia busca orientarla hacia un nuevo paradigma.

Hay que entender aquí por “Paradigma” un patrón, un método, u orientación; la alianza matrimonial. Mediante este análisis de los géneros se cuestiona la composición y complejidad familiar. Afirma Pierpaolo Donati al hablar de “paradigma utilitarístico” como la nueva normatividad latente en la presente sociedad y su crisis familiar y social. ¿Cómo se analiza hoy y el tiempo que vendrá de la pareja-familia posmoderna? Los signos con que se manifiesta son claros: una pareja desinstitucionalizada, fragmentada, privatizada notablemente individualista y hedonista; con estas características se merece el calificativo de “débil”, se dice que la pareja-familia experimenta un momento de fuerte crisis, no solo por razón del ambiente que la rodea, sino también por los factores internos que se analizan en su cotidianidad y contextualidad.

La afirmación de Marciano Vidal, al analizar el valor ético de la familia moderna, dice a continuación; “Nunca existió una familia eterna”, y cita al sociólogo Salustiano del Campo:

La comprensión de lo que es una familia hoy en nuestras sociedades occidentales exige desprenderse de anteojeeras reaccionarias o ultra progresistas, porque no sirven. La familia que va a sobrevivir no es la eterna con la que algunos sueñan, porque su origen es muy reciente y es, sencillamente, un tipo particular dentro de las que existen. (Vidal, 2013, p. 12)

A partir de lo anterior, la cultura las va asumiendo sin juzgar su acto moral, por el cual así eligen vivir, y es mi libertad decidir vivir sin reglas claras.

El concepto de pareja y de familia se está resquebrajando, hoy en día se habla de “modelos alternativos” y de “nuevas parejas”. La situación continúa agravándose con el fenómeno de la ruptura de los derechos de varón-mujer dentro de la vida de pareja conformada para vivir en la unidad; la política de planeación para la igualdad de género se manifiesta como una expresión más de esta fragmentación revela el paso de la “familia patriarcal” y de la “familia nuclear” a la familia “tercera ola”, como le llama Toffler (2003), o la familia diversificada, los dos primeros modelos manifestaban una sólida unidad, mientras que la familia diversificada aparece constituida por un conjunto de modelos diversos de familia.

La última Conferencia Internacional Mundial sobre Población y Desarrollo (El Cairo, 1994) y la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer (Pekín, 1995) queriendo dar un reconocimiento especial a los derechos de la mujer, especialmente dentro del matrimonio, han roto la dialéctica varón-mujer en la vida conyugal: otorgar a la mujer casada, en forma unilateral, el derecho del aborto, a la fecundación artificial, a la clonación, etc., es romper la unidad que los hizo “una sola carne” (Botero, 2005).

Este fenómeno de la fragmentación está afectando, se ve el intento de separar “naturaleza” y “cultura”, que representa la vieja polémica entre biólogos y etnólogos, creando un serio conflicto que hoy se manifiesta en modo particular. “Naturaleza” y “cultura” que hacen parte de la dialéctica humana: querer dividir las para Guardini (2013) hacia presente la interrelación entre una cosa y otra:

El núcleo del proceso del que surge la cultura consiste en dos momentos: el primero es aquel acto en el que el hombre sale del conjunto de la

naturaleza y toma distancia respecto a lo dado naturalmente; el segundo momento es ese acto en el que el hombre va hacia la naturaleza y la capta. No anula esa separación, sino que solo es posible a partir de ella. (p. 96)

Ahora bien, sobre la Constitución dogmática, *Lumen Gentium* (1964), señala la base teológica del compromiso:

Los cónyuges cristianos, en virtud del Sacramento del matrimonio por el que significan y participan del misterio de unidad y de amor fecundo entre Cristo y la Iglesia, se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de la prole” (11). Lo anterior expresado por el Concilio, manifiesta la importancia de la educación familiar. Para la *Gaudium et spes*, comenta el sentido de familia, “cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifiesta a todos la presencia viva del Salvador” (GS 48), une y relaciona el doble objetivo del matrimonio, el bien de los esposos y el de los hijos, esto es la familia (p. 44).

Ella es el primer ambiente vital que el hombre encuentra al venir a este mundo y lo marca para siempre, de ahí la importancia de cuidarla y protegerla y así podrá cumplir sus fines específicos, pues les son reconocidos por naturaleza y por la revelación cristiana, lugar de amor y de vida, realidades complementarias “Esta es la causa por la que el cristianismo y la Iglesia, desde siempre, las defienden y las ponen en mutua correlación” (Juan Pablo II, 1981), (Castellanos, 1993, p. 288)

La misma realidad familiar la comenta Nicolás Castellanos, Emérito de Palencia España y misionero en Santa Cruz de la Sierra, Bolivia, trabajando junto a comunidades indígenas y campesinas, conocidos como “Los Cambas”, su experiencia pastoral y académica la descubre en esta realidad; “Si la mujer, en el misterio de la creación, es la que ha sido “dada” al hombre, este, por su parte, recibéndola como don en plena verdad de su persona y femineidad, por ello mismo la enriquece y al mismo tiempo también el, en esta relación recíproca, queda enriquecido, y continuar ambos en una sola misión de matrimonio sagrado (Castellanos, 1993, p. 44).

El hombre se enriquece no solamente mediante ella, también mediante la entrega de sí mismo. La donación por parte del hombre en respuesta a la donación de la mujer es para el mismo un enriquecimiento; en efecto, allí se manifiesta como la esencia específica de su masculinidad que, por medio de la realidad del cuerpo y del sexo, consigue la íntima profundidad de la “posesión de sí”, gracias a la cual es capaz tanto de darse a sí mismo como de recibir la complementariedad del otro.

Tanto el hombre como la mujer son don el uno para el otro, se aceptan mutuamente en toda su trascendencia física y espiritual, juntamente con toda la verdad de su cuerpo y sexo, se enriquece mutuamente la relación en la que el hombre vuelve a encontrarse a sí mismo en él, se convierte en fuente de un nuevo y más profundo enriquecimiento de la mujer consigo misma, el intercambio es recíproco y en él se descubren y crecen los efectos recíprocos del “don sincero” y del “encuentro del sí” (catequesis de la audiencia general del 6 de febrero de 1980, citado en Castellanos, 1993, p. 292)

La *Ecclesia* es un escenario del amor familiar

Formar y educar desde el seguimiento de Cristo a los hijos como un don de Dios. El amor convive con la imperfección, la disculpa, sabe guardar silencio ante las limitaciones del ser amado, los esposos cuando se aman y se pertenecen, hablan bien el uno del otro, buscan mostrar la parte buena de su cónyuge más allá de sus debilidades, errores y limitaciones; el silencio es para no dañarle la imagen o que se sienta mal recibiendo impropiedades del ser amado, tampoco se trata de la ingenuidad de quien no quiere ver las dificultades y los puntos débiles del otro.

Recuerda que los defectos son parte de la persona, se debe aceptar que todos somos una entidad de luces y sombras. Lo que me molesta del otro es solo una pequeña parte, sé que me ama como es y cómo puede, con sus limitaciones, aunque su amor es imperfecto y limitado pero real, compartiendo no desde la fantasía engañosa, sino con las limitaciones propias de seres en permanente crecimiento y esfuerzo continuo.

En referencia al texto de estudio, la humanidad en relación de pareja se concibe solo con hombre y mujer: “Dios creo al hombre, a su imagen y semejanza, los creó hombre y mujer” (Gen 1,27). Lo que se mira en las calles son hombres y mujeres únicamente; ser persona significa lo masculino o lo femenino, únicos modos diversos de ser; Leonardo Boff, dice la persona humana se encuentra dentro de la esfera de la alteridad masculino-femenina, el hombre está bajo la mirada de la mujer y viceversa. Y de ahí parte la estructura fundamental de la persona, que no es otra que la reciprocidad entre ambos seres.

Para Juan Pablo II, se guía por el Génesis 2,23, “la femineidad, en cierto sentido, vuelve a encontrarse a sí misma la masculinidad, mientras que la masculinidad se confirma por medio de la femineidad. Justamente la función del sexo, que es, en cierto modo, “constitutivo de la persona”, demuestra cuán profundamente el hombre, con toda su soledad espiritual, con la unidad e irrepitibilidad propia de la persona, está constituido por el cuerpo “el” o “ella”. La presencia del elemento femenino, al lado del masculino y junto con él, tiene el significado de un enriquecimiento para el hombre desde toda perspectiva de su historia de salvación” (Castellanos, 1993, p. 233).

La santidad en los diversos estados de la vida humana ofrece a todos el ejemplo del amor incansable y generoso, construyen fraternidad y sosiego, son testigos y colaboradores de la fecundidad de nuestra santa Madre la Iglesia como participación de aquel amor con el que el Señor amó a su esposa y se entregó hasta la muerte por ella. Los esposos y padres cristianos deben apoyarse mutuamente en la gracia santificante, con amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en los valores cristianos especialmente los del evangelio a sus hijos dados y recibidos de Dios; ellos también contribuyen a la santidad desde la pastoral de la Iglesia.

Cooperando con Cristo en su seguimiento escuchando su llamada, haciendo de la vida laboriosa de los trabajos cotidianos para el bien de todos, y atentos a lo esencial que Cristo nos manda, ser diligentes y comprometidos con el Padre para contribuir a la salvación de todos. Háganlo con esperanza gozosa, ayudándose unos a otros a llevar sus cargas y elevándose a una mayor santidad, también apostólica, por medio del trabajo cotidiano. Los que se ocupan de trabajos a menudo duros que a otros

les cuesta o no los quiere, no evadirlos, dar gracias por el trabajo que tengo, por la familia que estoy construyendo; encontrar en esas ocupaciones humanas su propia realización porque puedo servir, ayudar a sus conciudadanos y mejorar la condición de toda sociedad y de la creación con nuestra vida.

La Iglesia es el lugar para vivir los padres o esposos cristianos y formar la familia con la fuerza del sacramento del matrimonio conscientes de su bendición, por lo que representan y participan del ministerio de la unidad y del amor fecundo, siguiendo el llamado de los efesios en referencia entre Cristo y su Iglesia (cf. Ef 5,32), se ayudan mutuamente a santificarse con la vida matrimonial y con la acogida y educación de los hijos, como don de Dios, cada hogar tiene sus forma de obrar, ya que el único maestro es Cristo y la única escuela es la Iglesia y todos somos discípulos del Señor con un carisma propio dentro del pueblo de Dios.

En efecto, de esta unión conyugal procede la familia, en la que nacen los nuevos miembros de la sociedad humana. En esta especie de Iglesia doméstica, los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y su ejemplo, y han de favorecer la vocación personal de cada uno a la vida de fe del cristiano como bautizado.

Estos, por la gracia del Espíritu Santo, se convierten en hijos de Dios por el bautismo para perpetuar el Pueblo de Dios a través de los siglos por estar provistos de medios tan abundantes y eficaces para santificarse, todos los cristianos, de cualquier estado o condición, son llamados por el Señor cada uno por su propio camino, a esa

perfección de la santidad por la cual el mismo Padre es perfecto. (Concilio Vaticano II, 2014)

El testimonio de vida de los laicos, siguiendo orientaciones a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, y la fuerza de la palabra hace no solo a través de la jerarquía, que enseña en su nombre y con su poder, sino que se convierte en característica principal del discípulo de Cristo, para ser profeta es que se les llama al testimonio de vida, este actuar es la esencia que los hace sus testigos y les da el sentido de su fe y la gracia de practicar la palabra que compromete al cristiano (cf. Hch 2,17-18; Ap. 19,10).

Para que la fuerza del evangelio brille en la vida diaria, familiar y social, que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de su vida, realiza la función profética hasta la plena manifestación de su gloria. Ellos se muestran hijos de la promesa cuando, fuertes en la fe y en la esperanza, aprovechan el presente y esperan con paciencia la gloria futura (cf. Rom 8,25). Pero no pueden esconder esta esperanza simplemente dentro de sí, sino vivida en comunidad cristiana.

La familia es una institución primaria, perenne; está sometida a variación continua, debido al influjo que sobre ella ejercen las transformaciones sociales; para conseguir su finalidad humanizadora. La familia precisa realizar permanentemente “ajustamiento” de su estructura y de sus funciones en relación con las variaciones sociohistóricas; la familia, constituida por la comunidad de los padres con sus hijos, es la institución más natural y necesaria, junto con el matrimonio, del cual procede (Marciano, 2013).

Al explicar el fenómeno de la fragmentariedad en la vida conyugal y familiar, es una preocupación mundial y eclesial, ha habido muchos aportes en el mundo entero con el fin de salirle al paso a esta problemática y preocupación social, especialmente para la iglesia, organizaciones sociales preocupados por prevenir la creciente ola de separaciones y destrucción de la unidad de la familia como célula de la sociedad.

Ante esta problemática, escribe Fernández del Riesgo (2010):

La explicación de la organización y universalidad de la familia hay que buscarla no tanto en una exigencia de tipo biológico, como en la misma naturaleza de la sociedad; en la capacidad que esta tiene para adoptar medidas de cara a su propio ajuste adaptativo y a su supervivencia. ¿No será un signo de esta supervivencia de la familia el hecho de que muchas instituciones quieran ampararse bajo el techo del término “familia”?, se habla de la “familia de las naciones”, de la “familia educativa”, de la “familia religiosa”, de la “familia sindical” y de los diversos tipos de pareja que hoy conocemos, que también quieren llamarse “familia”. Esto es lo que detectaba en el “proyecto de derechos de la familia (p. 246)

En Antaño el valor era la unidad religiosa, lo característico de la modernidad ahora, con los cambios sociales se ha roto, dicho valor, mostrando una serie de propuestas alternativas para formar familias, abriendo así la puerta al pluralismo que estamos observando, un cierto “mercado de los dioses con una religiosidad a la carta”; pluralismo de formas de concebir la vida, la sociedad y los hogares;

ha abierto la puerta al relativismo y libre elección y acción de los valores humanos; la posmodernidad valora exageradamente la “edad joven” dejando de lado al adulto y al anciano; abandonando de paso los compromisos trascendentes que son la base de los proyectos a largo plazo por compromisos “blandos”, a corto plazo, de los que no exigen esfuerzo y continuidad, sino según la comodidad y gusto de los protagonistas, según el grado de satisfacción o insatisfacción que produzca.

El hombre posmoderno, tan amigo de los “consensos mediáticos”, no comulga con los compromisos definitivos, de aquellos que implican compromiso exigente puesto que es un individuo que se fija en el presente, en el “aquí” y “ahora”, busca responder a una temporada de gustos personales, se lanza por lo provisorio; lo demás no cuenta. Factores motivadores de esta nueva realidad, el individualismo hedonista es la segunda causa que ha provocado el paso de la familia “fuerte” a la familia “débil” no es hasta que la muerte nos separe, sino hasta que nos convenga y lo decidamos de común acuerdo, y quedamos como amigos.

Es la afirmación del “yo” que, una parte, reivindica para el sujeto la libertad y la capacidad de decidir, de otra parte, la repliega hacia posturas narcisistas. Un individuo a quien solo interesa su propio bienestar y que cuenta con el otro tanto cuando puede servirle a sus intereses, difícilmente podrá acoplarse a la vida de familia con actitud altruista, con solidaridad y cooperación, de entrega generosa; el hombre de estas características no se preocupa por ser fiel a la palabra pronunciada en el pasado; tampoco le interesa la fidelidad como proyecto, porque no comparte los compromisos definitivos; este tipo de hombre solo sabe conjugar el verbo “ser fiel” pero en presente,

“aquí y ahora”, y esto condicionado por el propio interés, por la conveniencia delimitando el aquí y el ahora, lo demás, será según las circunstancias y motivaciones que convengan.

Una cultura asentada sobre la base del individualismo narcisista o hedonista trae desastrosas consecuencias para la familia y el primer aspecto que destruye es la fidelidad conyugal, de ahí que el documento de Puebla (1979) hiciera la siguiente afirmación referenciando al hombre moderno, pues, este no ha logrado construir una fraternidad universal sobre la tierra, puesto que ha perdido su centro y origen común; este desconoce que la fraternidad universal se aprende en familia, los sociólogos siempre habla de la familia y los hijos en plural, pero no insisten en las relaciones fraternas, Acerca del modelo de familia, se ha señalado la importancia de la experiencia de fraternidad que cada vez se da con menos frecuencia en las familias. La ausencia de esta vivencia afectara sin duda a la solidaridad social, carente de esta infraestructura cultural que es la fraternidad familiar. ¿Con la política del “hijo único” no se agravará más aun este síntoma?” Todo este proceso posmoderno leído desde la familia muestra una serie de tendencias orientados hacia otro núcleo o nuevos paradigmas que se dirigen a formar normatividad latente de la nueva sociedad de hoy.

En la actualidad releendo la historia y analizando la crisis de los valores, especialmente la pérdida del amor genuino regulado desde la fe y el amor de Dios, como único parámetro para la medida del amor del hombre, ya que este es, lo que ama. Con los cambios sociales en los años sesenta y setenta, parece que el término amor visto en su total amplitud, se va usando pocas veces, en referencia a la aceptación al otro, como mi alter ego, de

verlo ahí con respeto y dignidad, donde el otro es una persona digna de amor y acogida a imagen de Dios, partiendo del referente bíblico o regla aceptada para que el cristiano se vea como en un espejo y la siga, en la biblia como modelo de vida.

En el A.T. en el libro del Deuteronomio, 33,3 se refiere al amor sensual especialmente de la mujer, Jeremías 4,30 en referencia al hombre como sentimiento espontaneo que se orienta hacia la persona amada; esto indica en las dos citas el carácter profano o atracción sexual y las pasiones, amor y odio, el término tiene referencia libidinosa y además describe el amor de los padres hacia los hijos, en otra dimensión, ampliado hacia la amistad, extendido a las relaciones sociales; esto desde la antigüedad se ha tenido en cuenta el alcance del verbo amor inclusive hoy en día; además contiene también lo religioso teológico.

El término se presenta en modo jurídico como “amaras a tu prójimo como a ti mismo”, más allá de utilizar un lenguaje imperativo de ley, no es propiamente una ley, pues, siendo determinada por el sentimiento se so trae naturalmente a cualquier prescripción legal, (actuar como se suele actuar por amor) diría la frase en sentido legal. Por lo tanto, en este orden de ideas; obedecer al mandamiento del amor, puede significar solamente, no sofocar el impulso amoroso que no es determinado de la voluntad, sino que invita a practicarlo con el prójimo, como si se tratase de la propia persona (Montagnini & Scarpat, 1965, p. 239).

Por ser un concepto de tan magna amplitud el término religioso amor, visto desde los antiguos autores bíblicos no logran abarcar el total sentido y amplitud del concepto amor, pues terminaban relacionándolo a la

alianza como término mucho más cargado a lo jurídico; bastante más alejado del sentimiento emocional, comprendido desde el plano psicológico como se le entendió desde antaño.

La unión total e íntima de los padres en todos sus niveles físico, psicológico, social y religioso trasciende a la unión de los hijos, estos tienden a imitar y seguir el buen ejemplo de los padres de acuerdo a la experiencia de vida que estos les han transmitido, ellos en su vida adulta y cuando formen sus propios hogares buscarán estos patrones de comportamiento; guisa de ejemplo, las hijas de madres solteras ellas buscaran y tienden a ser madres solteras, el niño que fue educado a base de violencia verbal y malos tratos, cuando grande eso mismo va a repetir en su vida adulta y en su entorno, pasando de oprimido a opresor.

Como adultos su tendencia es a repetir la experiencia que les tocó vivir a sus padres; pero por el contrario la unión entre esposos y padres e hijos debe ser íntima donde prevalecen características fundamentales distintas en la unión del círculo familiar, ya que trasciende de lo físico, carnal y conyugal, y va, de lo personal, psicológico, moral hacia espiritual, entendido en el contexto hebreo del *dabar*, esto es aglutinar, unirse íntimamente, adherirse; al seguir el contexto bíblico del A. T. lo expresa como “el hombre dejará a sus padres y se adherirá a su mujer” para ser los dos una nueva vida, un nuevo hogar.

La Iglesia a través del Concilio Ecuménico Vaticano II, en la constitución pastoral “sobre la iglesia en el mundo de nuestro tiempo” ha señalado con gran sensibilidad y buen tino las sombras que hoy se proyectan en la sociedad sobre esencia misma del matrimonio, fragmentado por

el divorcio, la poligamia, la unión libre, la poca formación en los valores genuinos base de la personalidad para los proyecto de futuro y otras deformaciones “instructivas” que le llegan con más facilidad por los medios de comunicación, sin ningún adherente a fuentes válidas, serias y de autoridad confiables. El Concilio insiste en el amor matrimonial, aunque con mucha frecuencia denuncia que el matrimonio se profana constantemente por el egoísmo, por la búsqueda de placeres individualistas, el hedonismo y demás medios deshumanizantes para la integridad de la persona, la pareja y el hogar.

Los hijos en el matrimonio exigen corresponsabilidad y atención permanente de sus progenitores “Después de haber hablado del matrimonio en sí, obviamente hacer referencia a los hijos, su pensamiento se mueve en un clima en que los hijos son considerados como el fruto normal y la bendición de Dios en el matrimonio. Expresa claramente de la educación de los hijos por parte de sus padres. Lo que hay que destacar es que, según toda concepción paulina, la tarea de la educación de los hijos es entendida como una función misionera y eclesial” (Larrabe, 1973, p. 64).

En la extensión del matrimonio prevalecen dos elementos complementarios, según lo constata san Agustín, el doctor de la gracia, en su experiencia pastoral, lo primero es la comunidad matrimonial, específicamente cristianos como tal, requiere de formación de la pareja en aras a un proyecto común para llegar a progenitores, a diferencia del matrimonio sin fe, del que es vivido con mentalidad meramente humana o mundana; y el segundo elemento se refiere en que para él la comunidad conyugal propiamente dicha se compone de esposo y esposa.

Ciertamente, a los esposos cristianos no se les recomienda sólo la fecundidad, cuyo fruto es la prole; ni sólo la pureza, cuyo vínculo es la fidelidad, sino también un cierto sacramento del matrimonio por lo que dice el Apóstol: Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia (Ef 5,25). Sin duda, la res (virtud propia) del sacramento consiste en que el hombre y la mujer, unidos en matrimonio, perseveren unidos mientras vivan y que no sea lícita la separación de un cónyuge de otro. De hecho, así sucede entre Cristo y la Iglesia, a saber, viviendo uno unido al otro no los separa ningún divorcio por toda la eternidad (San Agustín, 1997).

En cuanto a comunidad familiar entran los hijos, esta es la única comunidad en el proyecto de Dios y la Iglesia como realidad única y unitaria; los hijos son crecimiento y unidad de la Iglesia, así colaboran los cristianos casados en la edificación de la ciudad de Dios, fortaleciendo a la Iglesia con nuevos miembros, le dan sentido de unidad en pequeños grupos de comunidades familiares, estos aspectos son los que Agustín pone de relieve, valorando el número de hijos no solamente para el mundo, sino para estar comprometidos con Cristo formados para la vida de la gracia en Dios, esto es la salvación, puesto que han sido capacitados para la Iglesia y para el seguimiento de Cristo.

Por la fidelidad mutua hacen un gran servicio al matrimonio como uno de los bienes imprescindibles para conservar la unidad y la certeza que todo está en su lugar, para evitar dudas, malentendidos so pretexto de, no creo todo lo que me dice, cuando hay situaciones de estas, a los hijos mismos no se les quiere a todos de la misma manera, pues no ha habido claridad en la fidelidad entre

los esposos, y más grave aún si hay seguridad que ha existido infidelidad mutua y cercana.

De ahí la importancia de la fidelidad mutua en el amor; la fidelidad debe ir acompañada a la intensión y al hecho de cumplir la palabra de compromiso que se ha dado públicamente mediante las promesas que se hicieron de cara a la Iglesia en nombre de Dios, pues no es solamente unidad de cuerpos sino que tiene que creerle el uno al otro, dispuestos para el servicio y la donación tan íntima y profunda como es la del matrimonio, de ahí que necesitan del espíritu de Dios, puesto que sin fe, como cristianos no hacen nada, desde luego se trata de una fe que no se puede demostrar con solo palabras, sino en la historia de caminata de la vida que llevan, pues todos los tipos de matrimonio desde el ateo, el pagano o el cristiano han sido estrictamente exigentes a la fidelidad mutua lo comenta Agustín como conocedor de la antigüedad y del cristianismo de los primeros siglos.

En efecto, viendo la vida en sentido coherente, Dios ha confiado a los hombres la realización de su dignidad, misión que debe cumplir de modo digno y proteger la vida del mismo modo, rechazando los actos contradictorios, buscando criterios que conserven íntegro el sentido de la donación mutua, de la procreación humana en el contexto del amor verdadero, partiendo de la sinceridad, apoyados en principios del magisterio de la Iglesia para los cristianos, y para los demás como una orientación seria buscando equilibrio social, sin desconocer el placer en la pareja, con respeto a la vida.

Los comportamientos más comunes de las infidelidades no sexuales muy presentes en la pareja y el hogar es la falta de respeto mutuo, sea por que se le ignora al otro

por indiferencia, desconociendo que allí hay alguien a quien no se le presta atención, cuidado ni me crea confianza por lo que significa, no me produce ilusión; pero sí caen en dinámicas de abuso económico o de trabajo, el sometimiento o la aceptación por la dependencia del otro, por incapacidad o necesidad; estas anomalías pueden ocurrir por miedo, por temor a ser juzgados o por negligencia e incapacidad.

La incapacidad de acogida también puede tener motivaciones por los excesos de exigencias desmedidas, con muchos proyectos o tareas, todos estos momentos vienen con preocupaciones, las recriminaciones o correcciones, y el ambiente se pone tenso y la reacción es el mal humor y las palabras fuera de tono como mecanismo de defensa y desahogo de una parte, y la contra ofensa de la otra.

Por falta de madurez en sus mundos personales surge la incapacidad de acogida poniendo en riesgo la comunicación, la reacción es guardar silencio so pretexto que nada pasa, cayendo ambos en la abulia personal, el aburrimiento conjunto, alimentando y haciendo del fallo personal, recíproco un conflicto. Los descuidos adrede o por olvido, no mirar al otro ni interesarse por servir en donde deben caminar juntos ya sea como fruto del individualismo donde uno de los dos o los dos se arman de poder para lograr doblegar al otro a su interés, superando al otro no por libertad interior, sino por la dominación de la parte más fuerte.

Es necesario fortalecer a las familias para que eduque a sus hijos dentro de una dependencia saludable, que no sea usada como herramienta despótica o de dominación. La mayor contribución en la intervención con familias es trabajar cuando están sanas y con estrategias

anticipatorias que desarrollen mecanismos de protección con autonomía acorde a la etapa de evolución de sus miembros lo que disminuiría los problemas y los conflictos del futuro (Barg, 2009).

Muy pronto aparecen las crisis en su ambiente humano familiar trayendo conflictos que pronto se multiplican con graves consecuencias de desánimo, paralización, apatía y desesperanza; traen la muerte del amor, es cuando dicen, el amor ya se acabó entre nosotros, nos une el techo y los hijos en algunos casos, para otros la realidad es mucho más grave, con intensidad creciente, en la pareja luego en los hijos; ya no reaccionan, los argumentos no sirven, se declaran sin interés por la inquietud búsqueda de encontrar soluciones de continuar con la pareja.

Además, hay seguir buscando el misterio de la trascendencia, pero se cae en la rutina, la monotonía y con ellos se destruye la pareja, nada los motiva a estar juntos o expresasen palabras de agradecimiento o elogios mutuos. Ambos se sienten frustrados todo les molesta, se irritan constantemente cayendo en la angustia existencial, la ansiedad con la preocupación de, fallé por elegir la persona equivocada, me esperan momentos difíciles de soledad angustia y vacío.

De ahí la importancia de seguir un orden de cara a Dios. La Iglesia considera la procreación como el fin principal del matrimonio, mas no el único, pero sí es la primera condición del matrimonio válido, que los contrayentes sean capaces de la unión física, pues el objeto inmediato de su unión, sin embargo, ello indica que el matrimonio debe ser considerado como una institución de la humanidad de no solo como relación personal entre los esposos.

Si falta la capacidad física para la unión sexual, automáticamente se constituye en impedimento por la causal de impotencia, reglamentado en el Derecho Canónico de la Iglesia, invalida el matrimonio, su validez tampoco depende únicamente de la posibilidad de la unión sea fecunda, pues la libertad va ligada a la salud, no se debe permitir a los contrayentes engendrar hijos, si hay seguridad que vendrán al mundo con problemas, buscar medidas para impedir que las personas taradas o por la consanguinidad o menores cobijados por la patria potestad, se reproduzcan, tener un límite por la capacidad moral y social, pues el que se casa asume unas responsabilidades morales, de madurez con carácter y con capacidad para buscar los medios de subsistencia que permitan fundar una familia desde la libertad como condición válida, para responder en todo como papás.

El que se casa asume una carga y una responsabilidad, no tiene derecho asimilar si no es capaz de llevarla; se requiere pues, una capacidad moral, madurez de carácter, y una capacidad social, medios de subsistencia que permitan fundar una familia, desde la libertad como condición de validez; “El matrimonio lo produce el consentimiento de las partes” CIC., c1081, este consentimiento debe ser libre; ninguna potestad humana puede suplirlo. Cabe a la Iglesia católica el honor de haber suprimido, toda restricción a este principio” (Jacques, 1961, p. 47). La unidad de un hombre, una mujer, con lleva un compromiso ineludible.

El régimen monógamo es el único que asegura al matrimonio la plena realización de su fin. Indicado por la naturaleza, que trae al mundo casi el mismo número de hombres que de mujeres, el matrimonio monógamo es el único que asegura la unión más estrecha posible, unión

de toda la vida, del hombre y de la mujer, unión que establece entre ellos una solidaridad completa y asegura la igualdad fundamental a que la mujer tiene derecho lo mismo que el hombre. El matrimonio monógamo es también el único en que los dos esposos forman una verdadera entidad moral en orden a la educación de los hijos. El régimen de monogamia es, en otras palabras, el único en que los esposos fundan una verdadera familia (Larrabe, 1973).

Para el buen funcionamiento de la relación de pareja, requiere de una muy buena comunicación interpersonal esto constituye un sistema que, llevado a la práctica se necesitan un mínimo de cuatro dimensiones fundamentales, son las prioridades imprescindibles en orden a desarrollar la comunicación a nivel de mentalidad, y el mejor conducto es, a través del diálogo, para fortalecer cimientos sólidos en la construcción de la pareja, que haya compatibilidad de caracteres, como ser buenos conversores, luego el diálogo va fluyendo y se adecúa a la buena convivencia, pacífica y agradable; esto garantiza agrado y buenos compañeros como pareja capaces de alcanzar las metas propuestas.

Niveles que favorecen la conversación, se anhela el compromiso, la formación permanente, que acepten la capacitación en su campo de acción, que tengan o busque ceder a los gustos comunes, por el bien de la unidad sacrificial al de lo mío.

Comunicación a nivel afectivo, sintonizando afectos y sentimientos creando un clima de comodidad y de bienestar, con una experiencia inicial de nosotros. Comunicación a nivel espiritual, compartiendo vivencias y disposiciones profundas, y los valores existenciales más

arraigados, deviniendo a convertir a la pareja en amigos íntimos y cómplices. Comunicación a nivel corporal, no solo a través del cuerpo objeto sino mediante el cuerpo sujeto (corporalidad), que suficientemente madura, descubre la profunda sorpresa de ser verdaderamente amantes, capaces de generar amor por y con todas las fuentes comunicativas (Madoz, 2014).

Conclusión

El amor de pareja o conyugal es un amor que va y viene, va de un cónyuge al otro con un impulso y un dinamismo que empuja a cada uno de los cónyuges a buscar la felicidad del otro con tanta fuerza como si fuera a buscar su propia felicidad. Y esto sucede porque en la vida de matrimonio cuando el otro es feliz, uno también es feliz. Como en todo amor, en el amor conyugal no se pone límite al bien y a la felicidad que uno busca para sí mismo y para su cónyuge. El crecimiento mutuo que los esposos persiguen alcanza a todos los niveles de la vida. El amar interior lo expresa Erich Fromm, en el universalmente El arte de Amar, afirma que ‘Todos estamos sedientos de amor...pero casi nadie piensa en aquello que sería necesario aprender a cerca del amor’. Ciertamente mente resulta difícil discernir, incluso cuales son las líneas más adecuadas para entender qué es el amor. Principalmente, porque sus porque sus acepciones y derivaciones son muchas (amor de amistad, de pareja, de plenitud, erótico, de ayuda de fraternidad, parental, altruista).

También porque prevalente es una de los fenómenos más misteriosos de la vida en pareja, con toda su dificultad debe ser captado y formulado, en pro de la unidad, y buscar para que se ocupa, para ser prácticos, lo que interesa aquí es mostrar lo que es relevantes entre los

esposos y mostrar en que consiste el amor dual o amor de pareja ideal, y evitar entrar en otras visiones diferentes, lógicamente hay que ir al amor espiritual, puesto que todos los aspectos van confluyendo a la identidad de lo que son los esposos.

En cualquier caso, la experticia del amor es complejo de una manera general, podemos decir que el amor conyugal pone a disposición de los esposos una felicidad y un crecimiento nuevos, que nunca antes habían conocido. Una cosa es ser feliz a solas y otra tener una felicidad compartida. La mujer está hecha para amar y darse totalmente. La joven convertida en esposa encuentra en el amor conyugal la ocasión de amar y de darse totalmente al esposo. Y la misma unión física contribuye al crecimiento de la mujer convertida en esposa y futura madre. A aquella pequeña niña, a quien le gustaba acuñar muñecas, el amor conyugal lo hace realidad acunando verdaderos hijos.

Para integrar la teología sacramental de la pareja, el Concilio Vaticano II, vio la necesidad de salirle al paso desde la pastoral familiar e identificar la “conciencia conyugal, como nuevo paradigma de análisis por el bien de los esposos y de los hijos, mediante una nueva reflexión teológica planteando problemas coyunturales, planteando las necesidades, mostrando la crisis al teólogo pastoralista de este tempo, a hacer reflexiones desde la doctrina eclesial para hacer de la pastoral familiar un centro de análisis de la crisis que viven las parejas, integrando valores, rescatando principios imprescindibles para la modernidad y posmodernidad, para que la familia esté acompañada por procesos que humanicen la integración que se había resquebrajado entre el hombre y la mujer; valores que han perdido su esencia, como es la verdad y el amor entre lo doctrinal y la vivencia práctica de vida.

Referencias

- Barg, L. (2009). *La intervención con familia, Una perspectiva desde el Trabajo Social*. Buenos Aires: Ed. Espacio.
- Bernard, J. (1973). *Sociología y Comunidad*. Texas: Mc Graw Hill.
- Botero, J. (2005). *Familia imagen de Dios, un camino hacia el modelo propuesto*. Bogotá: Ed. San Pablo.
- Castellanos, N. (1993). *¿Responde la Iglesia a los desafíos de hoy?* Madrid: Grupo Libro 88.
- Concilio Vaticano II (2014). *Constitución pastoral Gaudium et spes, Núm. 52*. Madrid: Conferencia Episcopal Española.
- Fernández del Riego (2010). *Secularismo o Secularidad*. España: Iberoamericana.
- Guardini, R. (2013). *Las etapas de la Vida*. Italia: Ediciones Palabra.
- II Conferencia del Episcopado Latinoamericano (1979). México.
- Jacques, L. (1961). *La familia*. Barcelona: Editorial Herder.
- Juan Pablo II (1981). *Familiaris Consortio*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_19811122_familiaris-consortio.html.
- Larrabe, J. (1973). *El matrimonio cristiano y la familia*. Barcelona.

- Lumen Gentium. (1964). *Constitución dogmática sobre la iglesia..* https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html.
- Madoz, V. (2014). *Diez Palabras claves La relación de pareja*. Madrid: Verbo Divino.
- Marciano, V. (2013). *La nueva frontera ética de la familia. "Matrimonio y Familia"*. http://www.mercaba.org/FICHAS/Familia/la_nueva_frontera_etica_de_la_fa.htm: Universidad de Comillas Madrid.
- Montagnini, F & Scarpat, G. (1965). *Grande Lessico del Nuovo Testamento*. Brescia.
- Movilla, S. (2005). *Educación de la fe y Comunidad Cristiana*. España: PPC Editores.
- San Agustín (1997). *De Bono Matrimonii, con el título: El Matrimonio y la concupiscencia*. Obras de San Agustín de los Padres Agustinos: http://www.augustinus.it/spagnolo/nozze_concupiscenza/index2.htm.
- Toffler (2003). *La tercera Ola*. México: Trillas Editores.
- Vidal, M. (2013). *Orientaciones éticas para tiempos inciertos*. Italia: Desclee de brouwer.